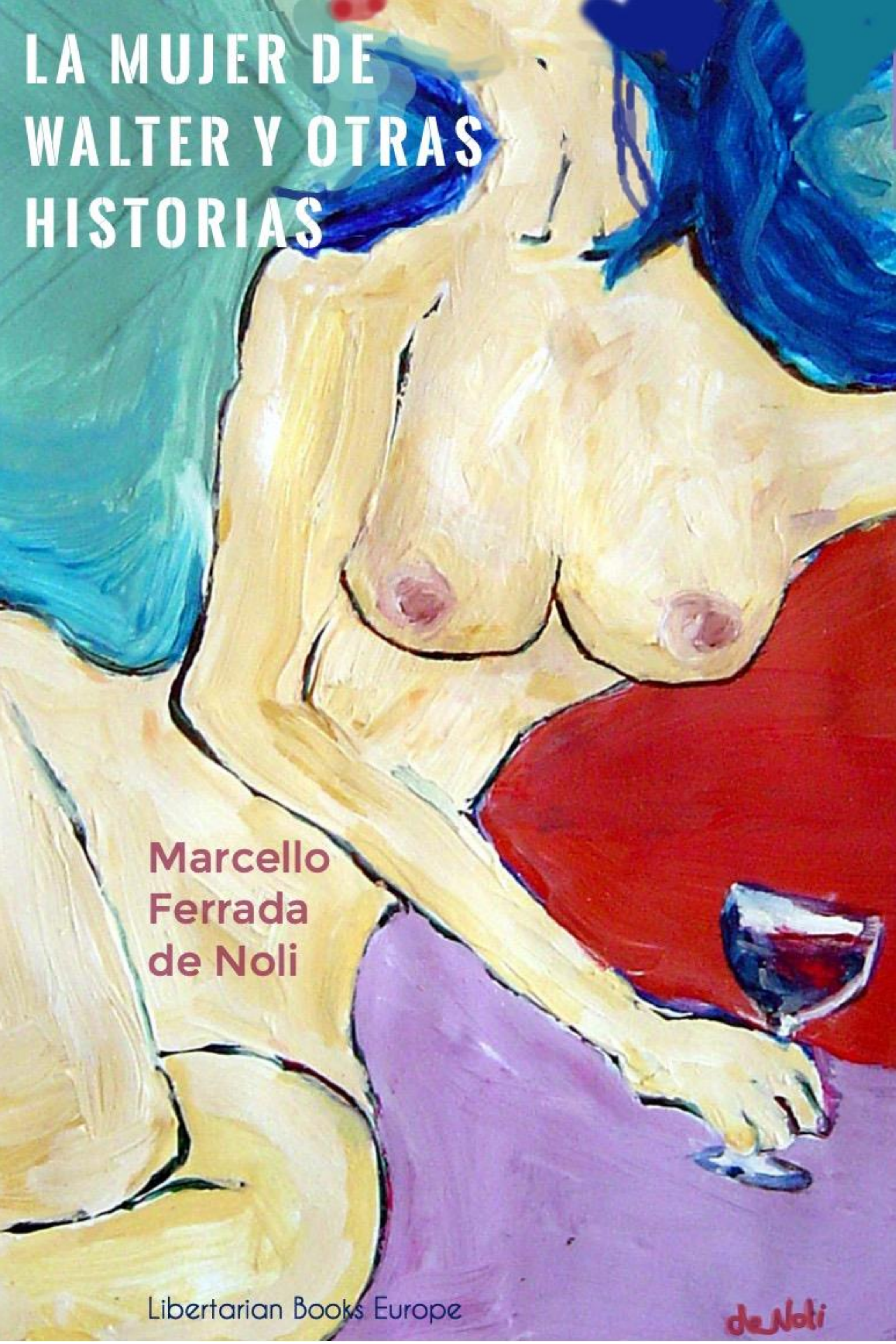

LA MUJER DE WALTER Y OTRAS HISTORIAS
Marcello Ferrada de Noli
Libertarian Books Europe
de Noli

La mujer de Walter

Y otras historias

La Mujer de Walter y otras historias
Marcello Ferrada de Noli
Libertarian Books Europe
ISBN 978-91-88747-02-0

© Libertarian Books Europe, 2021
Cover: Arte de Noli, Bérgamo, Italia

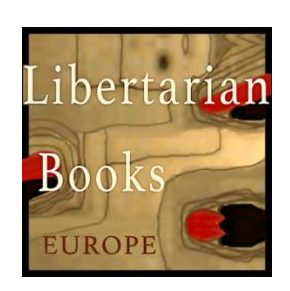
La mujer de Walter

Y otras historias

Marcello Ferrada de Noli

Bérgamo
2021

Libertarian Books Europe



LibertarianBooks.eu

Contenidos

Dedicatoria 10

Entorno de esta obra 10

Prólogo 12

La mujer de Walter 17

Damas de falda negra 19

La pintura N° 17 al fondo de la sala 22

“Unus sed leo” 26

Walter 29

El Capitán de los Ferrocarrileros 35

Nota del autor 36

En un comedor de la Escuela Militar 42

La ética 47

El rencor 50

Nota del autor 51

Zeta 57

Ahogándome en el mar 58

"Por supuesto que no me entiendes; eres un psicólogo" 60
Sobre cuando, y el por qué, los humanos están más tristes 67
El dilema de matar suavemente 68

A los doctores Alberto, Daniel, Jose, Luz, Ingrid, Ove, y amigos de nuestro otrora y querido *Gourmet Club* en Lidingö, Estocolmo

Entorno de esta obra

Las reflexiones –y a veces introspecciones– en esta narrativa representan mis propias conclusiones sobre el hipotálamo de la vida humana. La mitad de los relatos, más el prólogo, tiene contenido cierto y autobiográfico. Los otros dos, la historia de “La mujer de Walter” y de “Z”, son puramente ficcional.

En “La mujer de Walter” una excepción es el episodio de las escaleras mecánicas en la estación de Östermalm, hecho que ocurrió en la realidad exactamente como lo relato.

Para la velocidad de mi escritura, en esta historia sobre Walter y Z he usado en su escenografía descripciones de los mismos entornos en las que yo viví en Estocolmo, primero en 1974 (Brahegatan), luego en 1988-1992 (Lidingö), y de nuevo en Östermalm (Stryrmansgtan), y Gärdet, hasta 2008 –junto a mi retiro rural de Monkarbo.

El resto de los relatos, los conteniendo testimonios personales, se desarrolla en las calles angostas o exuberantes avenidas de Chile, o en sus campos de prisioneros o jaulas de libertad.

La realidad es más veloz que la fantasía. Lo que la hace a veces incomprensible. El reemplazo de la realidad

obtenido con el filtro del prejuicio, nos permite a) justificar nuestra reacción pusilánime ante la verdad, b) convencernos que este no es nuestro mundo; que vivimos en una ilusión; que los malos no son tan malos; que los buenos no lo son tanto como nosotros.

Prólogo

Ophelia. –"How brief it was, my lord"
Hamlet.–" "Yes, as short as a woman's love".
/ Shakespeare, *Hamlet*, Acto 2, escena 1

Hace ya varios años que había publicado en Libertarian Books el ensayo inconcluso *The Meaning of Life*,[1] el que a su vez se derivó de un manuscrito de 1993 (*The Chalice of Love*), con sus primeros párrafos escritos originalmente en Lidingö a partir 1989, espaciados entre los encuentros de nuestro alegre *Gourmet Klubb*.

Aquel manuscrito a su vez tuvo su origen en la observación de la doctora Luz Varela[2] –una amiga desde la antaña década del 60– cuando entonces al final de los 80 vivíamos vecinos. Aunque nuestras casas no se veían entre sí, estaban contiguas a un brazo del mar Báltico que se entromete en el archipiélago de Estocolmo, dando existencia a la isla de Bosön.[3]

En realidad, una porción de su casa, por ejemplo el living, era un palafito incrustado en el mar. Por tanto la puerta de entrada era lateral, y daba a un paisaje perenne de playita con piedras silvestres y florcitas salvajes.

Entonces, uno de los ciclos perennes en este hemisferio de la tierra, trajo en Lidingö una nueva primavera.

---

[1] https://libertarianbooks.eu/2019/07/03/the-meaning-of-life/
[2] Una amiga y compañera de universidad de los tiempos de Concepción, en los sesenta.
[3] Distrito de Lidingö, en Estocolmo.

Ella, mi amiga L, acaba de abrir la puerta de su casa y se encuentra con la siguiente escena, un espectáculo desgarrador, como la vida generosa que da origen a la vida, y la naturaleza que la termina con violencia:

Un pajarito de esos que pueblan el cielo cercano a los peces del mar, yace herido con un ala rota y trata de dar pasitos por la arena entre las piedras. Pero las piedras entre la arena le impiden avanzar. Está visiblemente en agonía.

Un pajarito femenino, a todas luces su cónyuge, o compañera de partido, o simplemente su amante –que es lo menos simplemente–le hace compañía y se congoja. Lo abraza con su alita femenina, lo besa con su compasión solidaria.

Otros pájaros circunvuelan a buena distancia de esta escena. Están bien arriba por sobre el mar inquieto que danza al frente de la playa. Uno o dos de ellos se lanza en picada a pescar su presa de alimento, los pececitos del archipiélago. Otro también se lanza en picada; será una picada de primavera.

Este pájaro masculino se percata de la escena de la playa con las piedras ingratas, y se lanza directo hacia donde está el pajarito femenino, la que está absorta en consolar las llagas de su moribundo amado, a su lado. El ave masculina se arroja sobre ella y la insemina en un instante, obedeciendo el rito procreacional de una Naturaleza despiadada. El pajarito moribundo contempla, trata de mover su otra ala para defender su honor pero muere al mismo instante de su esfuerzo.

La pajarita seca rápidamente sus lágrimas, le da una última mirada, esta vez con aroma despectivo, al pajarito masculino

inservible. Luego emprende el vuelo hacia la bandada circunvolante y migratoria por los mares del mundo, en compañía de su nuevo amante, o cónyuge, o compañero de partido. Una nueva esperanza de prosperidad alumbra desde sus ojos.

Justo en eso llego yo bajando la pendiente del sendero de tierra. Hola Marcello, sabes lo que ha pasado, no te imaginas. Y me cuenta con sus ojos y sus manos en ademán de tristeza.

Todo esto, me dice mi amiga, sucedió como en un instante. Luego me invita a tomar té con kuchen de manzanas. La intuyo emocionada, pero no me lo dice.

Y me habla de cómo estará el tiempo en esa tarde para la vela. Y miro mi velero fondeado al frente de su palafito, y su ancla inmutada con pesadez de fierro. Y vuelvo la mirada a la maciza mesa de su comedor, que de seguro después de más de treinta años sigue tan sólida, como la vi en ese instante.

Y las piedras de esa playa siguen siendo piedras hasta el día de hoy y el día de mañana.

Y mi corazón se trizó con ese cuento para nunca más poder juntar sus pedazos hecho átomos de literatura.

En este nuevo intento de Marzo 2021, vengo armado con la coraza y la lanza que me entregó la experiencia epidemiológica de esta pandemia, que aquí en Europa tuvo su aparente debut en esta misma región de Italia, a comienzos de 2020.

Esta experiencia, en lo básico, me mostró la reacción dispar de los humanos frente a la pandemia. Me mostró, de hecho, dos pandemias, la viral y la humana. Y me hizo pensar que no se trataba de "el" significado de vida, sino de "los". Que ella tiene múltiples significados para las distintas estructuras de personas.

Decir que esas estructuras son genéticas y adquiridas es aparentemente un lugar común. Pero si desdoblamos su diátesis –es decir el proceso, la historia, de cómo esas estructuras se hicieron residentes en las distintas personas que luego categorizamos en grupos de personalidad, o de ideología– eso no es un lugar común sino que por el contrario. Eso una explicación que aún no tiene cabida en ningún lugar.

Y quizás nunca la tendrá fuera de las líneas que soslayo en este libro.

La mujer de Walter

Este relato yo probablemente nunca lo habría escrito, si no fuese a causa de que recientemente me rencontré con Walter, un antiguo compañero de curso y sueños juveniles a quien no lo veía de hace años. Walter no nació agraciado por el póker genético, y su fortuita combinación de cromosomas le habían dado una fisonomía –mirado desde la perspectiva de Platón- bastante deplorable.

El retraído Walter, en vez de sobrevivir el último ciclo del liceo y proseguir a la universidad, decidió ser marino mercante. Esto a pesar de su fuerte miopía y los consiguientes anteojos de espeso grosor que debía usar. "Serán mis catalejos", decía él, "si los doy vuelta". Lo que yo nunca pude entender.

Y lo que no importaba, pues, como se verá en esta historia, a esa edad era yo aún mas crédulo, y por ende igual me lo imaginaba atisbando el horizonte en medio de la admiración de uno que otro tripulante con quinta preparatoria, tan credulosos como yo.

Bueno, este es el relato:

Damas de falda negra

Algo avanzado en mi vida adulta, yo conocí a una bella mujer, bella como todas las de cabello de cualquier color, piernas de distinta largueza, y almas de variable elasticidad. Pero además aparecía ella, y por tanto para mí era ella, muy segura de sí.

Y lo comprobó el que fue ella quién tomó la iniciativa de acercarse. Lo habrá hecho en desafío a los códigos de los salones de ese tiempo, pensé yo, a aquellos que hoy retrospectivamente se les denomina como "patriarcales", cuando en realidad su nombre era simplemente Hipocresía.

Yo no estaba acostumbrado, por decirlo discretamente, que mujeres así cualitativas se fijaran en mí. O para ser más preciso, tampoco las de cualidad algo menor.

Para ilustrar, mi recorrido por los anchos pasillos del Metro era a todas luces anónimo, a pesar de yo no ocultar mi caminar. Las escaleras del Metro en Östermalmstorg marchaban por sí mismas, donde yo y tantos otros parecíamos objetos depositados en escalones de metal que subían o bajaban.

Como dato idiosincrático informativo, una experiencia de la vida real intercalada en este relato, contaré el siguiente insólito episodio que sucedió una mañana, alrededor de las 10 horas, en 1977:

Voy saliendo del tren en la estación Östermalm del metro de Estocolmo. Me encaramo en una de la doble fila de las ascendientes escaleras mecánicas. En medio del trayecto, las escaleras, paf, se detienen. El ruido con decibeles murmullosos

se transforma en silencio sepulcral. Los centenares de viajantes quedan estáticos sobre el peldaño exacto en que se encontraban cuando la maquinaria se detuvo. Nadie se mueve. Nadie habla. A nadie se le ocurre seguir subiendo la escalera por ellos mismos, escalando los peldaños que quedan –tratándolos como si fueran peldaños de una escalera normal. Yo sigo subiendo con mi propia propulsión mecánica, a medida que los otros pasajeros me abren cortésmente el paso. Nadie protesta, nadie me reclama el tranco raudo hacia la salida. En realidad, nadie me mira, mientras todos ellos esperan que el movimiento mecánico se reanude.

¿Quién era yo en aquellos peldaños enigmáticos? O coralariamente, ¿quién era yo para aquellos peldaños, y para sus treinta y ocho surcos en cada uno de ellos, y para los pasajeros de porte inmóvil y estupefacto?

No por paranoia yo me consideraba –antes del episodio que narraré sobre la dama de falda negra– un Walter anónimo en miniatura.

Sí, mi amigo Walter, agraciado con un sólido corazón, pero de anteojos espesos con marco de dudoso color. Además sin grandes dotes se sociabilidad, y por su leve cojera, la fortuna no le sonreía entre las damas de respingada nariz que navegan por las calles de Estocolmo. Su suerte me ponía incómodo sin saber por qué, puesto que yo en el fondo, *innerst inne*, sabía que así no era. Que en la superficie del fondo quizás yo no estaría, o no debería estar, tan olvidado por las rosas de ese jardín, como era el caso de mi buen y dulce amigo Walter. Y así trataba yo de conformarme, mientras caminaba entre las espinas de la

muchedumbre –la que pasaba por mi lado negándose a darme alguna mirada de confirmación.

Entonces yo tenía más de treinta y cinco años. A pesar de ya haber disfrutado en mi cercanía el aroma esencial de la mujer, seguía cauteloso –o la cautela escondía mi timidez. Quizás porque entonces no había aprendido, o no me había atrevido a aprender, a mirar a los ojos con la sabiduría que se requiere para entender si ellos me estaban mirando a mí.

O a lo mejor era simplemente más retraído de lo que corresponde. A lo mejor tenía la timidez del mordido tempranamente, como el sujeto del proverbio "*once bitten, twice shy*" [en el contexto: una vez mordido, doblemente asustado].

Bueno, en vez de "para ser más preciso" me encantaría decir, "para ser más veraz", o "más franco". Pero el problema sería primero definir qué es la verdad, sin tratar de mentir como los textos de Kant u otros cautivantes diccionarios de moral. O, alternativamente, encontrar un método en que la franqueza, la que no es otra cosa que una elaborada forma de auto apreciación, logre escaparse de todo lo subjetivo que la compone. O sea, gestión imposible.

Pero así fue. Todo sucedió en medio del aburrido vernissage de una exposición de mis pinturas organizado por la vanidad de mis amigos suecos. Ellos estaban explícitamente interesados en que yo exhibiera, entre mis piezas de creatividad libre, los retratos que yo había pintado de ellos en años anteriores.

Querrían quizás, mis amigos suecos, ser vistos hoy como se veían antes. Eso ocurre entre los que consideran traicioneros a los tenues surcos de la vida, despectivamente referidas como 'arrugas', y que en la oportunidad del retrato aún no aparecían en sus caras. Yo agregaría, aún no visibles. Y explicaría además, cuando aún no habían terminado su viaje que va desde su alma hasta sus rostros.

Qué extraño, pensaba yo, mientras miraba las líneas que la vida nos trazó en las palmas de la manos, y que no cambian ni cambiarán nunca. Y quizás por eso fueron diseñadas para permanecer en las palmas, que de nuestras manos es su parte oculta.

Y qué extraño llamar signos de vejez a lo que son pruebas de una misma vida. Primavera existe en el mismo ciclo que será invierno, juventud en la misma vida que será madurez. No son ríos con orillas diferentes sino aguas de un mismo caudal. Existimos por lo que hemos sido y seremos en lo que seamos capaces de dejar. Dejaremos lo que procreamos.

Y un pedazo de sueño o de recuerdo plasmado en algunas de estas pinturas, y en esos retratos, también seremos nosotros para la eternidad, seguía yo divagando en asociaciones libres. Que es lo que en vez presentamos al mundo como reflexiones.

La pintura N° 17 al fondo de la sala

Toc, clin, clinclin. Toc de nuevo y más clinquines. Entre el sonido de rigor de corchos destapados y globitos de espuma rebelde hecha aire, sin alcanzar a cumplir su tarea –que es la de

verter felicidad embriagada en la copa de los asistentes, y justo al medio de mi tribulación más distante que solitaria, ella se acercó a mí con el costado de su falda negra.

Para los pintores retratistas, pensé, es una cadera descubierta, ancha y blanca, desnuda y aromática, sólo envuelta en un traje oscuro e invisible.

”Skål och får jag gratulera för vernisaggens invigninstal” [“¡Salud!. Lo felicito por su discurso inaugurando la exposición”], me dice, con sonora voz de Lidingö, en su línea de apertura.

“No, en realidad, ehm, solo eran palabras de agradecimiento, ehm, a mis amigos que organizaron el evento”, le contesto. A esas alturas, la sonrojada mirada mía había progresado desde sus tacos de estilete hasta la cintura del invisible traje negro.

“Le diré con *franqueza*”, me dice a boca de jarro, “sus pinturas tienen una combinación de colorido espectacular.

“Especialmente aquella con el número diecisiete, al fondo de la sala”, ella agrega.

“Cuáles colores? Le pregunto sorprendido, al mismo tiempo llamándome la atención que ella estaba apuntando a mi obra secretamente preferida de esa exposición. Y que por eso estaba mirándonos desde su lugar privilegiado, única y sin compañía, en la pared del fondo de la sala rectangular.

"No, me disculpa por favor, me corrijo", se interrumpe ella, "quiero decir, que tienen una espectacular combinación de colores..."

"Hmm", digo yo, mientras con velocidad fulminante recordaba lo que decía mi padre, un hombre más racional que apasionado en la valoración de lo estético. Si alguien dice que le gusta una obra, decía él, hay que pedirle que explique el por qué. Solamente así se podrá, o desnudar su elogio, o cubrirlo con gratitud. Porque el elogio sin contenido es una cortesía sin piedad. Y todo lo ajeno a la piedad es falso.

"¿Por qué le llama la atención esa miscelánea de colores?" Le pregunto a la dama de falda negra.

"Porque es organizada, nada más", me responde luego de un titubeo indefinible.

En mis adentros, pensé que ella había pasado el test. Pero más profundo en mis adentros, yo sabía que en su respuesta, más por ser general que por ser escueta, no lo había pasado. Y que yo estaba como un enseñante de escuela soplándole al oído la respuesta correcta a una alumna predilecta. Para que pasara el test ¿Por qué lo hacía yo?

Yo trataba desesperadamente de poner las cosas en su lugar. Descomponer el torbellino en sus círculos correspondientes. Pero era inútil, porque el torbellino es una espiral; sólo tiene comienzo. Y en el comienzo sólo existía mi impresión voraginizada, la que comenzó con el impacto de su falda negra.

Lo que me impactó fue lo inusitado. Lo que no estaba de acuerdo a las reglas de la percepción cromática, las conque yo duermo y camino en la acuarela de mis praderas.

Los axiomas que proclaman que el color negro impide los matices, oculta las luces. Y lo que oculta la luz también oculta la sombra. Se define al negro como la ausencia de colores. Pero en este caso, yo vi la presencia de todos los de su piel y de sus formas.

Todo aquello me había llevado en esos microsegundos a verter mi mirada de vuelta a la alfombra. El piso parecía no detenerla, sino que seguía cayendo en propulsión vertical, como queriendo traspasar aquel y muchos otros pisos más abajo. Era mi viaje habitual producto de la combinación de la ley de gravedad y del principio de *inconfortabilidad* que yo mismo había inventado, o descubierto, empíricamente.

"Inconfortabilidad" es una palabra que no existe en español, como tampoco ninguna otra antes de ser creada. Aunque las palabras deben ser repetidas para que existan. No basta su creación. Lo que hace una norma social, en este caso lingüística, es la repetición de una creación, o sea, la negación de su originalidad.

Y entonces me atrevo a decirle a la dama:

"Si no me dice a qué colores se refiere, y cuál es la diferencia en la combinación de ellos que Usted dice que nota, entonces tendré que pensar si acaso su gentileza no sería suya sino de la champagne. Y que la champaña la elegí yo mismo. Y que no es champaña de Champagne, sino vino blanco burbujeante de

Alto Adige, del norte de Italia, llamado genéricamente prosecco. Su generoso nivel alcohólico se desliza insípido e incógnito hasta la cumbre del hipotálamo”.

“Ahh, un pintor hablante, y además valiente. Qué entretenido. Esto me encanta a primera vista. Es más, yo tenía razón cuando me lo imaginaba mirándolo desde lejos”.

Y paf. Su última frase me obligó a mirarla más de cerca, o simplemente a atreverme a mirarla. Era, como ya dije, una belleza superlativa. Lo que me impactó más en el concierto de su tez blanca y su pelo negro, fueron sus labios, aún yo consciente que su color podría provenir de una pincelada de rouge, parecía un rouge muy hermoso para ser artificial. Quizás, pensé yo, era su pigmento propio nacido junto al instante de su pródiga sensualidad.

“Unus sed leo”

Seguimos nuestra plática, y así se suceden los toc y los clin los unos a los otros y las distancias se acortan mientras otras se alejan. Estamos sentados en esos bancos de cuero, sin respaldo, al medio de la sala que se usan en las exposiciones. Sin el respaldo acostumbrado en que apoyarse, el equilibrio tratan de aportarlo las palabras, Y éstas cada vez de más sólido significado por parte de ella.

Le respondo algunas preguntas sobre mi vida, mis exposiciones, etc., lo que ella intercala regalándome con uno que otro, o bueno, varios placenteros comentarios, y que yo a esas alturas comienzo a recibirlos y aceptarlos como a un niño

que nunca tuvo fiesta de cumpleaños. A pesar que yo los tuve, y lo que también trataba de explicarle.

Y así yo le abro mi vida, cautivado por un bienestar que aún no conocía, y le respondo la verdad sobre todo, incluso sobre aquella exposición de pinturas. Y le confieso que el alto precio de los cuadros de aquella exposición, cantidades ya exorbitantes para el mercado cultural de la época, los había puesto yo para evitar que se vendieran. Que cada obra era un pedazo de mi vida. Especialmente aquel que ella me confesó era su favorita, la del fondo en la sala. Aquella que yo no vendería por nada en el mundo, y que por eso ni siquiera quise firmarla. Que cada molécula de mi vida era una gota de óleo diluida con sueños, en vez de trementina. Que cada segundo de mi trabajo era tan personal como el autorretrato que yo no terminaría, puesto que aún me estaba buscando en la oscuridad.

Fue allí cuando me mira, casi con piedad, y cubre sus ojos oscuros a la sombra de aquel pelo negro que le cae a cascadas sobre su tez blanca, y es allí cuando ella derrite mi gratitud y me dice: “Lo encuentro a usted *unus sed leo* entre los artistas, y es usted en realidad único entre los hombres que he conocido. Se merece mi amor y mi amor es mi cuerpo. Su premio será mi lealtad”. Y me besó.

Oh, madonna…“uno, pero un león”…Esa flecha me llegó directa.

El garzón de servicio se viene acercando. Lo etílico me hace ver su silueta como algo vacilante, casi difuso. Él nos comunica que aún quedan unas botellas de prosecco, y que ya todos se fueron, y que ellos harán orden y dejarán el local en una hora.

Un par de esas botellas fue transportada en el taxi que nos llevó, a la dama de falda negra y a mí, a su departamento en el último piso de una casona de Lidingö.

Lidingö era en aquel tiempo una isla entre cuatro de Estocolmo y en que habitaba la burguesía que había nacido en cuna de burguesía. Ahora la plagan nuevos ricos. Su departamento estaba espartanamente decorado, un signo de la elegante sobriedad de la burguesía sueca, pensé al comienzo. Pero me detuvo la pared vacía de su dormitorio, y una ráfaga de sentimientos no encontrados me inundaron el corazón.

Me invitó a hacerle los honores, así derechamente y sin ambages. No había otro algo en el mundo de ese momento que yo no deseaba más que aquello. Y le dije, “lo haremos, por cierto que lo haremos, pero deme treinta minutos”.

Sentada al borde de su cama, vestida con sólo sus medias negras que rehusaban abandonar los estiletes de donde crecía su estética, me sonrió lascivamente con ojos semi-cerrados fulminando casi con aquella penetración ardiente y transportada en una frescura casi glacial. “Por supuesto, haré lo que Ud. quiera”, dijo sin necesidad de decirlo, pues todo en la escena de esa pieza ya lo gritaba. Excepto la pared desnuda.

Le anuncié que usaría su teléfono y salí al living, para hacer una llamada al local de la exposición. Entonces pedí hablar con el jefe de los garzones del servicio aquel. Le instruí que descolgara de la pared el cuadro con número 17, lo cubriera con un mantel, y lo transportara muy rápidamente a Lidingö en su camioneta.

La sala de exposiciones estaba en Östermalm, muy cerca y colindante con Lidingö, al otro lado del puente. Me dijo que yo debería hablar con el conserje para autorizar el traslado, lo que también hice de inmediato.

Y así, mientras compartíamos un recalcitrante sorbo del último champagne, llegó la pintura. Y se la regalé con mis labios, y mientras sin soltar el marco de mis manos, la transporté yo mismo a descansar al suelo de su dormitorio, apoyando a la desnuda pared.

Walter

Luego de aquello nos vimos algunas veces. No, decir “algunas veces” es como tratando de mitigar la realidad. Reformulo: Luego de aquello nos vimos tres veces. Lo que sucedió durante un corto tiempo, luego de haberla conocido en la exposición, y de la noche en Lidingö.

Los encuentros se dificultaron por su trabajo, y finalmente yo no tuve posibilidad de insistir, puesto que tuve que trasladarme a Nueva York para preparar una exposición. Pero por los diversos motivos mágicos que entrega esa ciudad cautivadora, me fui quedando allí y así un par de años pasaron. A mi vuelta a Estocolmo ella había desaparecido de los radares y teléfonos a que yo tenía acceso.

Fue entonces, al poco tiempo de mi regreso, que caminando por la orilla del canal en la calle Strandvägen, a dos cuadras de mi departamento en una calle perpendicular, cuando me encontré con Walter Vindström, mi antiguo amigo del liceo.

Yo no lo reconocí, sino él a mí. Se había operado de la vista y ya no usaba sus gruesos anteojos con marco desmesurado. Me cuenta que con sus ascensos en la carrera de la marina mercante, que lo llevaron a oficial, y los magnánimos ahorros representados por largas salidas al mar sin costos de mantención para él, había amasado una fortuna que con inversiones se convirtió en una suma respetable. “Qué hábil eres”, le dije. “La hábil es la fortuna”, me respondió.

Entre sus negocios, Walter tenía una galería de arte moderno, la que me invitó visitarla.

Esa misma semana fui con gran alegría a visitar a Walter, después iríamos a cenar juntos. Entré a su galería en donde lo esperaría mientras bajaba de su oficina. Por el apetito que ya tenía, doy algunas vueltas en la galería sin mayor interés, más por matar el tiempo. Cuando de repente me encuentro con una de mis obras.

La pintura era, como ya se habrá entendido, aquella favorita que le regalé a la bella dama de Lidingö. La número diecisiete en el fondo de la sala…Le habían pintado una firma de un artista para mí desconocido.

Quedé petrificado. Pero eso sería sólo el comienzo.

Durante la cena, Walter me entregó voluntariamente todos los detalles de su adquisición de esa pintura, como si estuviese orgulloso. Se trataba, me dijo, de una mujer que él conoció hace un par de años atrás –de hecho coincidiendo con la misma época en que yo ya la conocí y luego nos veíamos.

Me contó que ella se enamoró fulminantemente de él durante una comida de la asociación de dueños de galerías y gente trabajando como conservadores de museo, todos ellos ubicados también en Östermalm, cerca de su galería. Y que le decía palabras mágicas que él jamás había osado imaginar, ni aún entre la soledad de sus viajes por los siete océanos.

"Pero cómo, que te dijo en especial", le pregunto a Walter.

"Mira, para empezar algo que nunca olvidaré, me dijo algo en latín que yo como tú sabes ni era muy bueno en el colegio. Pero me lo tradujeron, y era algo así, que yo era como un león".

"Ah", le comento yo, mientras me sujetaba el corazón con un suspiro intenso, "te dijo acaso, *unus sed leo*?"

"Sí, eso mismo".

Y luego continúa Walter, en una cascada de evocaciones felices:

"Ella siempre me elogiaba y me hacía sentir tan bien como nunca antes. Y además tuvo la generosidad de venderme esa pintura, esa que tú me preguntabas, a un precio especial, puesto que el valor que ella pagó en el mercado negro de arte de San Petersburgo era mucho mayor, según el papel que me confió a hurtadillas. Aquel recibo no me lo dejó para no comprometerme. Así de considerada era ella conmigo".

Y agrega Walter, como triunfante, "Sí, era una mujer extraordinaria, y qué pena que cayó en desgracia".

"En desgracia?" le pregunto.

"Sí, en el tiempo que tú estabas en los Estados Unidos, ella cayó en desgracia pública cuando la pillaron bailando cuasi desnuda en una fiesta con los garzones en el castillo del rey, los cuales habían robado allí una valiosa reliquia por encargo de ella".

"Lo que ella por supuesto negó", continúa Walter. "Pero ella tenía buenos contactos y aparte del escándalo sensacionalista en los diarios sin sensación de Suecia, no le pasó nada. Ahora ella vive en Estonia, frente a frente de Estocolmo, al otro lado del Báltico."

"Bueno, es la única mujer que realmente me ha amado, y a pesar de mi fealdad. Por eso yo la llamaré siempre *mi mujer*".

Y prosiguió entonces Walter contándome sus historias de oficial de la marina mercante y sus múltiples visitas a otros países del Báltico y del mundo. Nada de aquella parte de la conversación la recuerdo. Tampoco cuando terminó la cena ni cómo llegué a mi departamento, sólo a cuadras de allí.

Demás está decir que mi parte de la historia con la bella de Lidingö nunca se la relaté a Walter. No tenía razón alguna de amargar el lindo recuerdo que Walter mantenía de ella.

El recuerdo de él era el de una mujer que una vez en su vida, la vida de Walter, "descubrió" que él era una buena persona, un buen hombre, apuesto y atractivo. Alguien se lo dijo, y él lo creyó sincero. Su convencimiento era su realidad; su subjetividad era lo objetivo. El amor lo había visitado, creía él, y él estaba agradecido. Quizás necesitaba creerlo todo, el pobre

Walter, para no terminar suicidándose como su vecino en la granja vecina de Dalarna.

Una conclusión que se me viene en mente, a manera de autocrítica, o sea esa clase de explicaciones que en el fondo siempre nos absuelven.

Esas explicaciones del tipo encontrado tan abundantemente en autobiografías, como “confieso que fui demasiado franco” – como si la franqueza fuese un ‘pecado’, etc.

Bueno, ¿sería que el exuberante rouge cubriendo sus labios me ocultaron la naturalidad de su artimaña? ¿Habría sido demasiado ‘estético’ en mi apreciación?

Otro ángulo, menos apasionado, habría concluido a primera vista que de esos labios artificiales sólo podrían haberse esperado palabras artificiales. Interpretación que yo no tuve.

Y que no tuve porque no pude tenerla, pues necesitaba escuchar lo que nunca me habían dicho ni siquiera en broma. Al fin de cuentas no es culpa de ella. Sino de mi propia miopía superior a la de Walter.

Una miopía que no se cura ni con lentes de grosor ni operaciones caras, sino que con experiencia de la vida. Con resbalones y caídas, con sangre en las rodillas, y lágrimas en la garganta.

Nota bene

Como dije al comienzo, esta historia la escribí solo gracias a encontrarme por casualidad con Walter. Antes de aquello, mi recuerdo de la dama de falda negra estaba inscrita como un pasaje mío personal, incluida su felicidad efímera y su abrupto término. El relato que me dio Walter lleva las cosas desde nivel de episodio al nivel de conducta. Sólo la conducta humana, o sea la repetida, merece la atención de una historia. Esto, por su posibilidad social de prevenir una pena innecesaria. Los viajes de un autor con destino solamente a su propio ombligo, no deberían tener trascendencia.

El verdadero título de este relato es sumamente negativo, y se llama *La pérfida dama de Lidingö*. He decidido darlo a conocer sólo aquí, después del final del relato –para no colocar un filtro al lector, a priori del desenlace.

El Capitán de los Ferrocarrileros

Nota del autor:

Este relato, "*El Capitán de los Ferrocarrileros*", no es una historia ficcional, ni de la categoría "basada en hechos reales", sino que es una historia verdadera, acaecida en la realidad y las fechas que se indican.

Los párrafos siguientes dibujan una ilustración de lo que aún era la idiosincrasia de la vida militar –en la década de los sesenta del pasado siglo.

Quiero decir que el transcurso de los tiempos hace que 'las cosas cambian' aún en los parajes sociales más recalcitrantes o conservadores, como es de la vida militar, la vida militar entre militares.

Para dar un ejemplo, en el tiempo que mi padre y mis tíos eran oficiales de ejército o de carabineros, las prerrogativas de servicio personal eran también escalonadas en estricta relación con el rango. Al grado de subteniente se tenía ya un ordenanza personal, el que cuidaba de los uniformes, la mantención y limpieza de la estancia, el lustre brillante de las botas, etc. Aparte del encargado del caballo de servicio, cuando se trataba de caballería, carabineros, artillería montada, exploradores, etc.

Con el avanzar a través del escalafón se tenía además un chofer, y aún más adelante –en los mandos más altos– un ordenanza ocupado de tareas jardineras.

Como si lo anterior fuera poco, en los casinos de oficiales existía, aparte del personal de cocina, el mayordomo y los mozos. Éstos, primero ubicados detrás del mesón de la cantina, servían los cócteles de aperitivo antes del almuerzo.

Luego los mismos mozos atendían las mesas de impecables manteles de algodón y servilletas blancas, del comedor de oficiales.

Había una mesa grandísima, como de banquete, para los oficiales solteros, y otras mesas individuales para oficiales de mayor graduación, y que a veces almorzaban en compañía de sus invitadas familias.

Eso, como digo, era en la vida que me correspondió compartir entre los años 40 a los 60.

Estamos en 2004, yo llegando en Santiago como profesor invitado en La facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Me alojo en un hotel de avenida Providencia –a la que le habían cambiado el nombre a “11 de septiembre”.

Mi sobrino Ricardo, hoy abogado en Santiago –como lo era su padre (nuestro hermano mayor) en Copiapó– mientras estudiaba leyes era paralelamente en ese entonces oficial de Carabineros. Estaba a cargo del escuadrón de motociclistas.

Sabiendo de mi llegada, me había extendido cortésmente una invitación a almorzar, por lo que me pasa a buscar puntualmente a mi hotel a la hora convenida. O sea yo no estaba listo. Pero bueno. Muy pronto llegamos a destino, y al bajarme, siempre distraído y siempre conversando, me doy cuenta de repente que mis pasos están cruzando el umbral del Casino de Oficiales de Carabineros.

Entramos –mi corazón acompañándome con latidos de cautela– en primer lugar a la cantina, para la rutina del coctel.

–Sírvase lo que desee tío, mientras yo voy al comedor a reservar una mesa.

Y allí quedé yo, esperando al ordenanza garzón, apoyando mis codos en el mesón mientras contemplaba mi rostro –el que se veía entre algo y bastante consternado, en el espejo de botellas de licor en el estante detrás del mesón. O era el espejo el consternado. Qué hace aquí el Marcello fundador del MIR? Ese era hace medio siglo, me respondo.

Y allí quedé yo, esperando al ordenanza garzón, que me viniera a preguntar por mi capricho de aquel mediodía, para 'abrir el apetito', como se estilaba antes decir.

Y allí quedé yo, esperando al ordenanza que no llegó nunca.

Y así, llegó mi sobrino, el que me mira sorprendido, diciéndome:

> –Tío, me habían dicho que Ud. era de aperitivo riguroso antes de almuerzo ¿No se siente bien?
>
> –Bien me siento, pero el garzón no llegó nunca, le contesto.
>
> –Pero tío, los garzones ordenanzas, ningún ordenanza, ya no existen tío. Los suprimió Pinochet. Ahora tenemos que servirnos solos...
>
> –Bueno, aquí tiene uno puro de whisky, de doce años en el barril, dice la etiqueta mentirosa. Espéreme que lo anote en mi cuenta y nos vamos al comedor.

Entramos. Y no pues, no era el comedor como de los que yo me acuerdo. El tipo de lámparas con lágrimas gastadas de nostalgia

pendían aún desde los techos, pero los manteles blancos habían desaparecido junto a las servilletas, las copas de cristal y los garzones meseros. Todo era autoservicio.

–Parece que todo es autoservicio en la vida de 2004. ¿Cómo hemos llegado a esto, Ricardito?

–Es mejor así tío. Antes perdíamos tanto tiempo entre conversa y conversa mientras los ordenanzas garzones servían como en turnos de antigüedad.

Y así, mientras paso a paso seguimos la pausada cola del lunch, mis pensamientos nadan en un torrente de asociaciones entre juventudes pasadas y recuerdos haciéndose presente. Y allí, entre las olas de nostalgia, surge a la superficie la historia de un comedor de la Escuela Militar. La historia del cadete de ferrocarrileros que llegó a ser capitán.

Efectivamente, en "antes", había tiempo en los casinos de oficiales para conversar holgadamente entre los platos y los postres.

O a lo mejor había demasiado tiempo, por lo que las conversaciones se transformaban de interesantes a livianas, y de allí –para el infortunio de algunos comensales– a molestosas u ofensivas.

–Sobrino, esa larga mesa con porte indiscreto que protruye entre las otras de este comedor, me recuerda la historia de mi hermano y el capitán Sánchez. ¿Se la cuento?

–Adelante, tío.

–Bien. Mi hermano Mauricio era entonces cadete en la Escuela Militar del General José Miguel Carrera...

– Tío, perdone, se llama "Escuela Militar del General Bernardo O'higgins".

–Ricardito, lo perdono en todo menos en eso. La Escuela Militar para formar oficiales del ejército chileno la fundó José Miguel Carrera, en plena Patria Vieja. Su nombre original es "Escuela de Jóvenes Granaderos".

– ¿Ah, así que Carrerino?

–No, histórico, en primer lugar. La verdad ante todo.

–Mmm, entiendo.

–Sí, y como la verdad ante todo, le digo que soy también Carrerino. Y come cura, además. ¿Lo ve? Tres verdades distintas y una sola realidad.

–Tío, me está cambiando tema ¿Y lo del tío Mauricio?

–No he cambiado tema. El tema me cambia a mí. No me cambia la memoria, sólo su ordenamiento y jerarquía. No Orden y Patria –como se lee allí en aquel escudo de la pared. Sino Patria para que haya orden. Y para que haya Patria para todos, primero tendrá que haber desorden.

–Bueno, esta es la historia:

En un comedor de la Escuela Militar

No sé cuantos comedores hay en la Escuela Militar. A lo mejor hay uno para los cadetes, y otro para los alféreces, que son los cadetes del último curso. Además tendrá que haber uno para los oficiales que dictan cátedra de cómo sacarse el fusil del hombro, y cómo calar la bayoneta, y de cómo enterrarla en el corazón de los desfiles de los mineros pobres.

Como lo vi en Abril de 1957, en mi primera marcha, en nuestra primera marcha, con Miguel Enríquez. Estábamos en 3° de humanidades. Los mineros de Lota y Coronel habían llegado a Concepción a sumarse a las protestas de obreros y estudiantes reclamando por el alza de las tarifas de locomoción autorizadas en el gobierno de Ibáñez. De siete pesos a diez pesos. De diez gritos a siete mil pasos, por las calles en ese tiempo adoquinadas que juntaban mi casa con Víctor Lamas –en dónde el liceo se encontraba.

En ese Abril gigantesco teníamos apenas trece abriles. Miguel cumplidos recién los doce, sólo diez días antes del desenlace de la ira del pueblo por las avenidas pequeño burguesas de esa ciudad –generalmente pacata. Era el tiempo en que yo iba a clases de equitación al Regimiento Guías. Los parches grises, o gris-celeste, que hacían fondo a las estrellas del teniente del arma de Caballería, el instructor, irradiaban serenidad y calma. El picadero terminaba donde comenzaba picadero. La rutina redonda, el trote en círculo emborrachaba la realidad y hacía

emerger el recuerdo. La imagen de 1955 en el estadio de La Serena.

Mi padre en una competición ecuestre saltando alto en su caballo. Mi padre saltando más alto. Mi padre cayéndose del caballo y el estadio de La Serena llevándose la mano a la boca estuporosa al verlo caer violentamente al suelo.

Mi padre levantándose como en un milagro, no había soltado las riendas. Él se sube nuevamente a su caballo, y a tres segundos de estar erguido en la montura, se derrumba inerte por el peso de su orgullo de valiente.

El público lo aplaude frenético y solidario. Mi padre no puede escucharlos en su estado inconsciente. Pero lo hago yo, y le cuento todo por la noche, él de vuelta a nuestra casa, cuando él siguió recuperándose en su lecho. Y le digo que lo admiro, y que me prometa que un día me regalará su espada. Y él me dice que primero debo aprenderme de memoria, y escribir en el cuaderno del corazón, el verso imaginario escrito en el filo de los sables:

"No me saques sin razón, no me envaines sin honor"

El encanto duró en mis sueños menos de dos años. Se trizó en las horas vespertinas ese Abril de 1957, en las piedras de resplandor lluvioso, entre las esquinas de calle Cochrane. A la carga con sable en mano, como salidos de una pintura de batallas del siglo diecisiete, veo a mi instructor de equitación con su parche inocente de color gris, o gris-celeste, esgrimiendo circulante su espada embutida en la fusta negra, metálica y aterrorizadora. Y la saca por encima de las cabezas de humildes

con hoyos en sus zapatos, amedrentando a los que su único acto bélico era el gritar ¡"Siete pesos"!

No hay elegancia en oficiales de caballería que abusan de caballos y caballeros.

Y, o me lo dijeron, o se me ocurrió, que existía una jerarquía social tácita entre las distintas armas de los cursos de alféreces en la Escuela Militar. Ellos de caballería al tope en competencias de narices respingadas; los siguen el arma de artillería montada, los ingenieros, los telecomunicadores, etc., hasta llegar a los parches rojos de la infantería.

Son como un sistema de castas. En la línea del sistema de la India de los Brahmanes –la que quiso reformar un príncipe de la casta noble, los Kshatriya, de que sólo la casta de los brahmanes estaba sobre ella. Y luego vienen los Vaishya, y los Shudra, y por último, la casta más inferior, o sea los Harijan.

Sin embargo, aún debajo de la última casta, de la llamada inferior a todas, hay gente. Pero son considerados sin casta. Son los descastados. Son los "intocables" Dalits, o Parias.

Y entonces tenemos que debajo de la Infantería ya no hay más armas. ¿O hay?

Estamos en los comienzos de los sesenta. Tenemos que hay un arma en el ejército llamada los Ferrocarrileros. Era tan impopular, que el Ejército tenía problemas para llenar los cupos de alférez para esa especialidad. Entonces circunstancialmente se cooptaban suboficiales y se les daba la oportunidad de educarse como oficiales.

Y tenemos el asunto de los comedores. La mesa larga como de banquete en la cual todos los alféreces, de todas las armas, se sientan y comparten el placer de ser servidos por el proletariado vestido de ordenanza garzón. Allí están sentados y platicando desde los respingados de Caballería hasta los infantes que vestirán un parche rojo.

Pero allí también esta sentado un alférez, *pero* del arma de los Ferrocarrileros.

Y tenemos que el antiguo sistema de servicio a la mesa daba lugar a largos espacios de conversatorio. Y, repito, quizás la falta de tema, o la irritación que acompaña al apetito aún no gratificado, o en fin, simplemente por una razón pseudo política de clase.

O por que unos nacen más crueles y despiadados que otros. O porque el abuso es función del complejo, de la idea de superioridad que da el ver la existencia de seres inferiores. Y para lo cual –puesto que la inferioridad del nacer no existe, como tampoco la superioridad– hay que inventarlos inferiores luego en el transcurso de nuestras vidas.

Entonces en la mesa larga en que mi hermano Mauricio, del arma de artillería, era su animador habitual, también estaba sentado un alférez del arma de los ferrocarrileros.

Y éste era el blanco cotidiano de lo que se conoce hoy como *mobbing* (que en español convenientemente se traduce sólo como "acoso laboral", para evitar que jurisprudencias deshumanizadas que existen en regiones hispanas y

latinoamericanas tomen responsabilidad por el acoso colectivo en contra de un individuo, o grupo, que se realiza en entornos sociales, e incluso a veces familiares).

Lo fustigaban verbalmente, lo remedaban, se reían, etc. Lo tenían para entretener su crueldad de clase.

Pero mi hermano Mauricio, según él porque además le gusta almorzar tranquilo, un día se aburre de todo esto. Él tenía derecho a aburrirse de lo que quisiera puesto que era muy popular entre sus camaradas, dicharachero, autoritario por presencia, alto y macizo, y distinguido por el resto de los comensales como cabecera de mesa.

Él se para de la mesa en medio del recalcitrante y bullicioso acoso al alférez ferrocarrilero. Se aleja y al poquísimo rato vuelve con su sable y lo pone indiscretamente visible sobre la mesa al lado de su puesto. No se sienta, sino que aún de pie, dirigiéndose a los comensales de la mesa larga, con su diestra en la empuñadura y apretando la vaina con la izquierda, horizontal a la mesa y a la altura del abdomen, vocifera con su rugido de bajo tenor: ¡Al que le lance una palabra ofensiva más al alférez ferrocarrilero… ¡

"No me saques sin razón, no me envaines sin honor"

Nunca más el cadete ferrocarrilero fue acosado por los linchadores verbales de la mesa larga del casino de alféreces.

Y que te pasó a ti, te hicieron algo? Le pregunté a mi hermano cuando me contó esta historia. Las cosas cambiaron, me dijo;

de allí en adelante los garzones ordenanzas me sirvieron siempre muy copiosamente y con rapidez de gacela, agregó.

Ah! Solidaridad con el solidario de clase, pensé yo. Pero no lo dije pues eran conceptos y categorizaciones ajenos en la ideología cristiana conservadora de mi hermano. Me bastó con decirle: Ah, tenían el corazón grande como tú. No, me dijo con su bromeo acostumbrado. Grande y contenta la barriga.

La ética

Pasan los años, y una década más tarde yo me encuentro detenido en el Estadio Regional de Concepción. Es Octubre de 1973.

El alférez ferrocarrilero había ya llegado a capitán de ejército –todavía perteneciente a su arma de ferrocarrileros. Quizás por el criterio clasista imperante bajo Pinochet, lo enviaron a cargo de la guardia de militares y gendarmes custodiando a los prisioneros del estadio.

Y entones a mí –el hermano del alférez de artillería que terminó el *mobbing* en su contra con el sable en la mano– en una oportunidad, y sabiendo que yo era hermano de Mauricio, me salvó la vida –con su mano apretando una metralleta.

¿Lo hizo en función de conducta recíproca, acordándose cuando mi hermano intercedió en su favor? ¿O lo habrá hecho por reacción natural, independientemente de lo anterior? Después de todo, la situación bajo el arco Sur del estadio, en la que nos ordenaron estar de pie a tres prisioneros –todos

escogidos por el teniente de gendarmería Vallejos– al frente de un pelotón con fusiles SIG, aparecía como fusilamiento.

(Un recuento detallado de aquellos incidentes que me correspondió enfrentar en el estadio de Concepción –primero en Octubre de 1973 y luego en enero de 1974– ya lo he hecho en los libros (*Rebeldes Con Causa*) [4] y (*Fighting Pinochet*) [5]. Esos textos pueden ser fácilmente alcanzados a través de los links indicados.)

Aquí, el argumento filosófico de este relato se encuentra más allá de la pormenorización de aquella realidad en el estadio de Concepción.

Se trata en vez, de constatar, que aunque la solidaridad y el sacrificio que un prójimo hace por el otro, produce una reciprocidad, esto no es una regla, no sucede siempre así.

La ayuda –la solidaridad o el buen gesto– no siempre es retribuida. Eventualmente ella puede transformarse en lo contrario: Algunos a quienes hemos ayudado, no nos perdonaron. Y una vez que no lo hicieron, tampoco nos perdonarán jamás.

---

[4] *Rebeldes Con Causa*. Libertarian Books, Europe, 2020. Ver la sección "El teniente Vallejos, de Gendarmería". Página 46 y siguientes.

https://libertarianbooks.eu/2020/06/15/rebeldes-con-causa/

[5] *Fighting Pinochet*, Libertarian Books, Europe, 2021. Capítulo "*Prisoner at the Stadium*". Página 46 y siguientes. https://libertarianbooks.eu/2021/05/20/fighting-pinochet/

Como en el caso del carcelero *Javert*, en "Los Miserables" de Victor Hugo, aquel persiguió a su 'enemigo' Jean Valjean durante años –a pesar que anteriormente Jean Valjean le había generosamente perdonado la vida. O tal vez a causa de ello.

El reverso de un acto de bondad podría llamarse maldad. Y la maldad es el cerebro que guía la pasión del odio.

Eso diría la filosofía moral.

La psiquiatría diría lo mismo, pero reemplazando maldad por disturbio de personalidad.

En suma, si el contenido positivo de los principios y conductas altruistas de alguien producen su contradicción en que las recibe, no será culpa de la ética, sino de la naturaleza humana.

La discusión es cuánto de aquello somos porque 'nacimos así', y cuánto porque 'la vida así nos hizo'. O dónde y por qué un balance entre esos dos paradigmas se establece en una conducta adulta.

El rencor

Nota del autor:

El relato a continuación también consiste en una experiencia real, esta vez propia. Lo incluyo para ilustrar el antípoda de la ética de la solidaridad correspondida.

En 1957 estábamos en tercero humanidades, en el Liceo de Hombres N° 1 de Concepción. Dentro de ese curso teníamos un grupo de amigos, cuyo núcleo principal estaba compuesto por Miguel Enríquez, Darío Ulloa, Eduardo Trucco, y el autor. Los nombrados constituían una identificable *patota*.

Es decir, nos sentábamos vecinos en los pupitres de clases que estaban en filas de a pares (dos adelante y dos atrás, en la fila que daba a la ventana); salíamos al recreo siempre juntos, lo mismo a la cafetería en los recreos. Y por supuesto, salíamos en patota del liceo, y de allí diariamente al mediodía hacíamos nuestro paseo desde Víctor Lamas a las calles céntricas de Concepción en el mismo cotidiano circuito. Además, dos de ellos hacíamos frecuentemente “la cimarra”; esos eran Miguel y yo.

Otros nombres que recuerdo de ese curso son mi hermano Mauricio, Alfredo Gordon, Gustavo Villagrán, Rodrigo Rojas, Claudio Sepúlveda, Raúl Jara, Pedro Valdés, etc. También amigos nuestros, pero con menor grado de frecuente actividades junto con nosotros. (Una particularidad es que todos los nombrados llegaron con los años a egresar de la misma Universidad de Concepción. Más de la mitad de ellos estudiaron medicina.)

Había también otros nombres, como por ejemplo José Casals, el Gato Reeves, Martín Hernández, etc.

Como decía, nuestra patota de cuatro amigos solía salir compacta a los recreos. Los pasillos afuera de la aulas eran amplios, pues se trataba de un enorme edificio (foto a continuación) y de antigua construcción.

Esto permitía que los cuatro caminábamos por los pasillos abrazados en patota de fila enfrente, en dirección a las escaleras y de allí a la cafetería.

La foto arriba corresponde al mismo grupo de alumnos, un año después, en el cuarto A, 1958. En círculos y por orden alfabético, los que nombraré en este episodio: 1= Miguel Enríquez, 2= el autor, 3= Martín Hernández, 4= Eduardo Trucco, 5= Darío Ulloa. Un personaje importante en este relato, León Scheinwald, también alumno del mismo liceo, en la foto a la derecha.

Tenemos de trece a catorce años de edad.

En una de estas caminatas, salidos un poco atrasados de la puerta de la sala de clases, ya abrazados en la patota caminante de los cuatro, alcanzo a ver que en el costado derecho de nuestro camino, algo atrás en el pasillo, un alumno del Liceo muy corpulento –León Scheinwald– está golpeando en el suelo a uno de nuestros compañeros de curso –Martín Hernández (número 3, círculo verde, en la foto en la página anterior).

Martín, hijo de un dirigente del sindicato de ferrocarrileros de Concepción, a pesar de tener una altura algo mayor que la mediana entre los alumnos de nuestro curso, tenía una complexión física más bien delgada. Era él además algo tímido, explicable hasta cierto punto porque él era a menudo objeto de un mobbing por parte de muchos de los pequeños burgueses en el curso, los que correspondientemente apodaban a Martín con crueldad pequeño burguesa “el Margarita Hernández”.

Al ver la escena del abuso físico, yo me detengo, y –por eso explicaba la manera de caminar en patota por los pasillos– trato de zafarme de la línea de mis amigos, los que me protestan porque con mi maniobra estoy obstaculizando/deteniendo la marcha de la línea. Creo que no se habían dado cuenta de la situación, sino ellos también habrían reaccionado a la primera.

El hecho es que yo me abalanzo en contra del "guatón" Scheinwald, lo remuevo de por sobre Martín, y como se decía en ese tiempo, "le saco la cresta" al Scheinwald –el que quedó sangrando por la nariz.

Martín Hernández, muy mal por los pesados golpes del guatón Scheinwald, había quedado en posición inerte, sentado en el suelo del pasillo y apoyándose en la espalda. Yo le estiro la mano para ayudarlo a levantarse.

Pero él me la rehúsa.

Martín nunca me perdonó que haya acudido en su ayuda. De hecho, o de casualidad, nuestros caminos se fueron cruzando, o su destino me fue siguiendo, año tras año, en calidad de opositor irracional y permanente. Fue como mi *Javert* particular.

Tres años más tarde él estaba militando en la misma célula de la Juventud Socialista dónde yo era jefe (el núcleo Espartaco). Fue el único que votaba en mi contra. Cuando nos fuimos del PS en Febrero de 1964, Martín se quedó con el oficialismo de Ampuero.

Luego yo fui a estudiar Filosofía, y él también lo hizo al año siguiente. Ya en el MUI, se opuso a mi candidatura a presidente del Centro de Educación, cargo al que fui elegido de todas maneras. Y al año siguiente él quiso ocupar el mismo cargo –yo no me opuse en absoluto. Lo mismo hizo después que dejé mi cargo en el Consejo Superior. En donde él podía se oponía públicamente a todo lo que yo pudiera hacer políticamente. Lo último fue oponerse en plena asamblea del MUI, a que yo fuera elegido candidato rector de la Universidad de Concepción por la lista MUI –que era la línea de Miguel Enríquez. Martín Hernández llegó al punto de propiciar una lista electoral conjunta con los partidos del reformismo, para llevar como candidato a rector a otro profesor (no del MIR/MUI). O sea todo lo contrario a lo que planteaba la Comisión Política sobre la elección a rector en Concepción. Al poco tiempo vino el golpe.

Y aquí termina esta ilustración –a partir de mi propia experiencia personal– de cómo el tenderle una mano a alguien, podría ocasionar un efecto no-deseado de quién la recibe, después de recibirla.

¿Y Scheinwald? A los días éramos de nuevo amigos y compañeros de liceo. Nunca me guardó ningún rencor. Incluso un tiempo más tarde, él nunca se opuso ni en lo mínimo, que yo empezase a pololear con su bella hermana Carolina.

Zeta

En cuanto a mí, me desperté esta mañana con la noción de que la prueba de esta tesis no es si la fantasía puede ser verdad, pero si la verdad puede ser posible.

Ahogándome en el mar

En un domingo de junio, padeciendo un prolongado atardecer de esos veranos con tiempo social pronosticado, como se dan en el monótono puerto de Vaxholm, me refugio del aburrimiento parando mi caminar en el viejo malecón.

Allí, en la frontera del mar, unas gaviotas regalan un número de danza de cadencias acompasadas pero dirección imprevisible. Su vorágine contrasta con la profundidad de esos colores, de lo inerte de las aguas que abrazan en silencio al malecón abandonado. El silencio sepulcral destinado a siempre acompañar al abandono. Cuando el alma solo es capaz de escuchar a su tristeza.

Así, mientras me acerco, voy preguntándome cómo un ritmo tan zigzagueante es capaz de devolver un sentimiento de calma. ¿Será como cuando el compás de los vaivenes del tren, y de su eco repetido en los palos sujetando los rieles, nos aletarga? Me preguntaba si por eso se llaman durmientes.

Y en eso, el recuerdo de aquellos viajes a través de parajes natales se salió de su morada, que es la memoria olvidada, y me preguntó directamente si acaso era esa la razón por qué me vine

al malecón –a observar los barcos rasguñando las distancias del horizonte.

No el ansia hacia tierras ignotas por no haberlas jamás conocido. Ya tenía bastante de ellas. Sino talvez a tierras conocidas que lo mismo llegaron a ser ignotas, pero por el olvido. El olvido no es otra cosa que la repetición de una orden a nosotros mismos, de no recordar lo que nos ha herido por acción u omisión, por presencia o por ausencia. La nostalgia es lo contrario al olvido. Es el recuerdo de lo noble, de lo que hemos sentido como bello.

La onomatopeya ineludible del tren vuelve una vez más, como en los sueños. Taráh-taráh, taróh-taróh, taráh-taráh... ’Caballito Blanco, llévame de aquí´... Taráh-taráh.

Y así, mientras estaba ensimismado en la monotonía de preguntas evocadas por la distancia, recibo de repente un tremendo golpe en la parte superior de la espalda, y caigo al mar abruptamente, golpeando las olas primero con los ojos.

Mientras me ahogo, noto que he perdido la sensibilidad de ambas piernas. Debe ser el frío, voy tocando fondo, y pienso que siempre es frío en el fondo de las cosas.

No puedo respirar, pero aún puedo pensar. Puedo fantasear con todo menos con la muerte, porque la muerte es ahora mi realidad. Y ahora mi realidad son también los sueños de lo que dejé sin hacer en la vida.

... Debe haber pasado un minuto desde que me caí. Se vuelve cada vez más oscuro. Puedo escuchar mis pensamientos pero

no puedo sentir mi cerebro. Tengo los ojos abiertos y me pongo a llorar. Incluso pienso que de nada sirve llorar con los ojos abiertos si los rodean las aguas negras en las profundidades del Mar Báltico. Es como mirar la expresión surrealista de una multitud automática, como esas que se juntan por azar para asolearse en las plazas bajo un cielo nublado. El agua negra en el fondo del mar es anodina y al mismo tiempo anónima. Como una muchedumbre que grita su silencio. Como goles sin celebración en un partido de fútbol.

Ahora ya no escucho los latidos de mi corazón. No importa, supongo, ya que tampoco volveré a escuchar los latidos de los demás.

Aún puedo recordar el aroma de tu cabello o la pasión en tus ojos. Aún puedo tocar tus formas; pero ahora tú también te vuelves difusa. Bueno, este es el final, y no hubo dioses ni demonios. ¡Oh, cómo deseo ahora tener todavía un corazón! Al menos lo suficiente para decir tu nombre. Toca mi mano...

"*Por supuesto que no me entiendes; eres un psicólogo*"

Como se entendió en el relato anterior, cerca de las rocas afiladas de Vaxholm, una situación terrible provocó mi caída al mar, donde me estaba ahogando.

Un hombre que fue testigo de todo, y que fue el me me rescató, vendrá en poco tiempo a encontrarme. Me ha prometido que me contará todo lo que él sabe de lo que realmente sucedió ese domingo. Tengo que explicar que incluso si todo eso sucedió hace un año, hasta ahora él se había negado a decirme toda la

verdad. Y realmente espero que haya tenido una buena razón para eso. Veremos.

Me siento un poco nervioso, incómodo, no por la espera sino por el encuentro. ¿Dónde diablos está él ahora? (“El infierno está en medio del paraíso, pero el paraíso está en el centro del infierno”, me dijo él una vez).

Bueno, si me quejo con él y le digo, inquieto, "oye, el tiempo pasa", seguramente responderá "no, el momento llega ". Es inútil. Ha anunciado que vendrá con su barco. Algunas veces todo esto puede resultar muy irritante. Pero, por otro lado, literalmente me salvó la vida justo después de que la puerta de la esperanza se cerrara detrás de mí. Después de ese tipo de suceso -cualquiera podría entender esto- la vida no puede ser igual para una persona. O, como diría mi amigo, "tal persona no podrá ser la misma para la vida". Me resultaba extraño que para una persona como él, que nunca opina si uno no le pregunta, de todas maneras siempre tiene una respuesta. Me acuerdo. Por ejemplo, cuando le conté lo del frío que sentía en el fondo del mar adyacente al malecón, me dijo:

–“Por favor, más respeto, en primer lugar es el malecón el que se puso adyacente al mar, y sin siquiera que la naturaleza lo haya invitado”.

–Sí pero mi punto es que hacía un frío intenso, le digo.

–“Que *sentías* un frío intenso”, me responde, y continúa:

–“En segundo lugar en el fondo del mar la temperatura es igual para todos, es más democrática que en la sociedad, en la que como se dice, ‘algunos hombres son más iguales que otros’.

–“Bien, pero de todas maneras el fondo del mar ofrecía espectáculos de belleza”, le digo, tratando de volver al tema de mi experiencia.

–“Sí, por cierto”, me dice, “pero la belleza que deslumbra a los ojos no es la misma que la que impresiona al alma. Por ejemplo, la belleza joven nos da calidez con su armonía, pero lo más hermosa es su piel, lo más fría puede ser en su fondo, porque le falta la experiencia. Al contrario, la hermosura de una mujer madura está en las pruebas que enfrentó en la vida, en las que venció, y sobre todo en las que perdió con su honor intacto. Como las aguas que por siglos bañan a las aguas en el fondo que circunda al malecón”.

Nos hemos reunido varias veces desde que me rescató de esas aguas, y siempre nos hemos visto en plena naturaleza. Al principio sentí que tenía que escucharlo como una cuestión de gratitud social. Luego, con el tiempo, comencé a darme cuenta de que de lo que realmente me había rescatado era de la vida que había llevado hasta ese inesperado encuentro con la muerte.

También tengo que explicar que todavía sé muy poco, o dicho de esta manera, este hombre todavía me sorprende, y mucho. Creo que incluso podría llamarlo mi amigo, pero aún no estoy seguro de su nombre o de dónde viene. Mientras me subían a la ambulancia, logré preguntarle por primera vez quién era. Dijo, sin rodeos, "un hombre". Más tarde, cuando le pregunté su verdadero nombre, respondió abruptamente: "mi verdadero nombre es Z".

Quizás fue una estupidez preguntarle su nombre "real", especialmente porque pensé que no había mencionado ningún nombre en absoluto (Z me dijo, probablemente notando mi vergüenza, que aún peor es preguntarle a la gente sus nombres "irreales", solo porque parecen un poco misteriosos).

Hablando de misterio, no recuerdo muchos detalles de los hechos inmediatamente antes del accidente, si fue un accidente. Tampoco recuerdo los detalles del rescate. Sin embargo, recuerdo las palabras de Z después de "despertar", si se me permite describirlo así, pues fue un despertar en significado doble.

Esto es lo que me dijo entonces, cuando yo estaba acostado en la orilla mirando al cielo, tratando de identificar qué eran esas cosas, esos puntos, que parecían estrellas. Entonces escuché a este hombre decir "*son* estrellas", y continuó con mucha calma:

–"Las estrellas tienen poesía sólo para quien contempla el más allá y se olvida de la multitud. No miren las estrellas juntos; mírelos en su lugar uno a la vez. Puesto que cada estrella tiene un alma propia, y dos almas iguales formarán un universo".

Z estaba de rodillas a mi lado mientras presionaba mi pecho con sus manos. Muchos papeles, mi billetera, mi tarjeta de identificación para el trabajo, e incluso la pesada bolsa que llevaba en la espalda cuando me caí estaban esparcidos por las rocas. Luego se inclinó hacia mí y me susurró estas dos frases al oído. Dijo (lo recuerdo muy bien, y que entonces me trataba de Usted):

–"Pido disculpas por haberlo rescatado de que se ahogara", y agregó enseguida,

–"Pero gracias por permitirme salvar su vida".

"No le entiendo", le dije:

"Por supuesto que no", me respondió, "usted es psicólogo".

Pasó algún tiempo antes de que yo pudiese tener alguna claridad sobre ese hombre, y sobre el contenido de sus crípticos mensajes. Él tenía la posibilidad de hacer que la lógica educada sonara como una tontería. Si Ud. decidiera seguir leyendo esta historia, una historia verdaderamente arrebatada de la realidad, tampoco estará al final de ella tan seguro de que la "razón" es tan "racional", o de que "surrealista" es algo opuesto o diferente a lo real, que de hecho se refiere a lo definitivamente existente.

Solía pensar que siempre, o casi siempre, sucedía algo dramático cuando conocía a este hombre, Z. Pero de alguna manera me había demostrado que, de hecho, había habido episodios dramáticos en mi vida poco antes de conocernos. No lo sé. Quizás sea tan simple como lo expresó en una de nuestras últimas conversaciones: "La afirmación de que incluso los hechos más simples o cotidianos pueden ser significativos o dramáticamente hermosos para nuestros sentidos, dependiendo del significado que les demos, puede parecer un lugar común. Pero menos conocida es la magia de mirar intensamente a las propias manos para identificar dentro de nosotros lo incorrecto, creer que el amor es lo que estamos acostumbrados a tener y comprender que el amor que llamamos imposible es el que tememos tocar.

Pasión únicamente, puede que no sea amor total. Pero el amor sin pasión no es vida ”. Ahora mismo recuerdo que hace algún tiempo, estando en este mismo lugar, había empezado a comentarle a Z que "Lidingö, desde el mar, es un paisaje hermoso, es una pena que ..." y luego me interrumpió enfadado diciendo "

¿Has pensado en lo que piensa el paisaje de ti? Aprendí desde una etapa temprana en nuestro contacto que una forma de llegar a él es mencionando los colores, así que le pedí que me dijera su opinión sobre los colores que podíamos ver en la orilla. Y luego dijo: “Siempre he creído que la bandera sueca se creó en otoño. Quizás algún marinero inspirado viendo la costa desde este lugar, a última hora de la tarde ”.

Y luego agregó: “Puedes ver lo que quieras ver y posiblemente olvidar lo que no quieres sentir. Pero nunca se podía perder el amarillo intenso de las hojas al enfrentarse con decisión al azul ad infinitum de un cielo vespertino de septiembre ”. "¿De verdad estás hablando de la bandera sueca?", Le pregunté sorprendido y aún más sorprendido con la respuesta de Z: “Si un verdadero hombre sintiera amar con verdadera pasión a una mujer de este bosque, buscaría los ojos más azules, el cabello más rubio y con un tucilago adornando su alma.

Su pecho debe ser redondo como la copa de sus manos; sus labios deben ser rojizos como la punta de su lanza ”. Me tomaría un año entender a qué se refería Z. Al principio, respondiendo a mi repetida curiosidad, solía decir, humildemente: “Solo tengo algunas palabras para describir lo que se me permite

percibir; pero las palabras para describir lo que se me permite admirar pertenecen a la naturaleza ”.

Pero un día lo vi de lejos, de rodillas, haciendo dos tazas con la palma de la mano, poniéndolas primero juntas y luego, por separado, en el suelo. Cuando me aproximé vi que debajo de cada mano había un papel escrito a mano, como una carta dividida en dos partes. Cuando de repente me descubrió, en medio de mi vergüenza, simplemente se sentó y dijo con calma, mientras doblaba una carta que obviamente releía cien veces: “Cuando la naturaleza decide hablar a través de sus más bellos colores, toma la forma de una mujer enamorada”.

"Entonces, Z", dije, "¿Quizás algún día vas a contarme tus experiencias?" Y luego Z me dijo agudamente “Tengo experiencias de las que no voy a hablar, pero sobre todo tengo un destino. Y no son mis experiencias, ni las experiencias de cualquier otro, lo que podría ser de ayuda para tu desarrollo. Más bien, es la forma de entender la vida -y tu posición en el centro de su destino- lo que pone la vida en medio de tu alma. Todo ese camino tiene un código, que te describiré algún día, con la ayuda de la copa amorosa ”. Esa fue la primera vez que Z me contó lo que iba a resultar en la esencia de esta historia. Esto me recuerda que se está haciendo tarde, me pregunto si vendrá, podría haber pasado cualquier cosa. Z no es en absoluto alguien a quien puedas llamar "predecible".

Sobre cuando, y el por qué, los humanos están más tristes

Inevitablemente, una vez le comenté a Z la suerte que yo tenía de que todo lo que me había sucedido, fue justamente en el verano. Dije algo así, que durante el verano, la tranquila reunión de gente alrededor de la costa, debido al clima cálido, probablemente hace que sea más posible que alguien como él pueda observar lo que está pasando, y luego pueda venir a rescatarme, etc. .

Me interrumpió abruptamente y dijo: “No, no lo entiendes, es al revés: como la gente tiene más tiempo y el tiempo es igual que en verano, pueden lastimarse más durante el verano en los puertos, las playas y en el mar”. En ese momento, su comentario no encajaba con lo que he aprendido sobre el asunto. "Es de conocimiento común", dije, "es decir, que más personas mueren por ahogamiento durante el otoño y la primavera, según las estadísticas".

Z respondió: "No, no lo entiendes". "Esas cifras se aplican principalmente a las personas que se suicidan". ¡Ajá! Dije que no lo intentan en verano, a causa de ellos saben que la gente podría rescatarlos.

“No”, dijo Z, “Las personas que intentan suicidarse seriamente, no razonan en esos términos. Su creencia es probablemente la opuesta, que la gente no los rescataría. Su convicción es que a la gente le importa un bledo su suerte, y probablemente por esa convicción han decidido suicidarse ”. “Si se suicidan más en primavera y otoño, no es un caso de clima o ritmo natural.

Es el ritmo humano el que está alterado. En otoño está la angustia de un verano más sin la realización del amor, y en la primavera es el miedo de un verano más sin contacto humano ". "Pero por qué"? Yo pregunté.

Z responde, "porque la soledad y el aislamiento late más fuerte cuando te privan de tener sueños".

"Y, por cierto, la gente en el verano está tan ocupada aburriéndose o excitándose, que apenas pueden notar la diferencia entre nadar y caerse", él agregó.

Entonces, una vez más tuve que corregirme y darme cuenta de que la verdad no siempre está en artículos y libros. Pero no siempre me resulta fácil aceptar que él tiene razón en cosas en las que se supone que soy experto, debido a mi profesión.

Así que le dije a Z, fingiendo que me estaba "rindiendo" ya que el tema era bastante aburrido y seco: "Muy bien, decimos lo que desee: todas las personas en Suecia se suicidan más en otoño y primavera, y eso es todo". Y realmente pensé que después de mi último comentario, Z, o la verdad, o lo que sea, me dejarían en paz. Otra vez estaba equivocado. Z dijo después de una larga pausa: —No, no todas las personas. Los inmigrantes se suicidan más en el verano. Lo entenderás el día que te cuente la verdadera historia del mito de Sísifo.

El dilema de matar suavemente

El centro del Archipiélago es el centro de muchas cosas. Está, sin duda, en el centro de lo que la gente aburrida llama

"contraste". El Archipiélago es probablemente el único lugar lujoso alrededor de Estocolmo donde la única forma de disfrutar de la naturaleza es a través de la mayoría de los recursos anti-lujosos. Ahora se acerca.

Mi amigo Z llegará en un bote, un viejo velero de madera, y me recogerá entre los ruidos del gran motor de las lanchas a motor "hechas por y para plástico", como solía decir. En realidad, la primera vez que vi su bote, y posiblemente dándome cuenta de que lo estaba mirando intensamente, dijo, a modo de saludo, mientras nos estrechábamos la mano: "Espero que no sea lo suficientemente sofisticado para ti". Todavía me preguntaba qué quería decir realmente con eso. ¿Es para que la gente pueda hacer de todo una moda? Y si es así, ¿quiso decir que ser "poco sofisticado" también podría ser una tendencia? ¿Una tendencia más en la que intentamos competir por ser percibidos como "posada"? No sé, le pregunté, pero no quiso comentar.

Allí, en esa isla de paisaje, vive una hermosa amiga mía. Ella me gusta mucho. Cuando habla es como ver perlas caer en un mar transparente. Las palabras permanecen en la parte inferior. En realidad, su nombre real, si los nombres se pudieran traducir es, en inglés, "Light". Además, Luz es una mujer hermosa. Hace algunos años me dijo una verdad terrible. Y junto con su historia vino también, pero una verdad para entender, que la gente hermosa puede decir cosas tan terribles de una manera tan sencilla.

Lo que me dijo fue que una vez en la carretera hacia el sur, con su esposo conduciendo, un pájaro en vuelo chocó de repente contra el parabrisas. Se detuvieron y vieron la agonía del pájaro. Ambos querían cuidar al ave, y al mismo tiempo se

dieron cuenta de que de todas formas moriría por las heridas. Dado que ambos son médicos y los médicos son naturalmente más propensos a hablar de ética que de medicina, de repente se encontraron frente al siguiente dilema:

Hay dos formas de matar a un pájaro en agonía tirado en medio de la carretera. Una forma es matarlo lentamente, dejándolo seguir vivo en agonía. La otra forma es terminar su vida rápidamente, consciente de que el accidente había sido inevitable. Nunca les pregunté qué pasó con el pájaro, que ciertamente murió. Quizás necesitaba encontrar la respuesta por mí mismo, y estaba reflexionando sobre eso cuando Z me sorprendió con su silenciosa llegada.

[Continuará...]

LA MUJER DE WALTER Y OTRAS HISTORIAS

Marcello Ferrada de Noli
©Libertarian Books Europe
ISBN 978-91-88747-02-0